

URBANO, bajo.

No! vendo mis tierras.

DUNIERES.

Conozco el motivo; pero...

URBANO.

Pero ni una palabra á mi madre!... Demasiado pronto lo sabrá.

DUNIERES.

Bien, amigo mio!... excelente corazon!

LA MARQUESA, impaciente.

Pero, Dunieres! Cómo! ¿sabéis que aborrezco el campo y nos salis con vuestras habichuelas y vuestros altramuces? Habládnos mas bien de bellas artes, de monumentos...

LEONCIA.

Oh! el señor marques lo sabe todo!

URBANO, con frialdad.

Estáis bien segura de ello, señora?

DIANA, á Leoncia.

Parece enfadado con vos.

LEONCIA.

No hagáis caso. Habládle.

DIANA, aproximándose un poco á Urbano.

No me atrevo, me causa respeto. (Leoncia la anima; Diana avanza otro poco, y Urbano se aleja hácia la izquierda pasando por delante de Dunieres, al cual hace señas la marquesa; aquel le responde tambien por señas, manifestándole á Urbano que parece absorto en hojear un folleto. — Todos callan. — La marquesa hace un movimiento de despecho.)

DUNIERES.

Marquesa, vamos á retirarnos!

LA MARQUESA.

Tan pronto?

DUNIERES.

Sí, ya sabéis que mi señora...

DIANA.

Y mi unicornio blanco?

DUNIERES.

Otro dia!

DIANA, contrariada.

Oh!... vaya una gracia! (Leoncia va á reunirse con Carolina.)

DUNIERES.

Ya irémos á buscarle á Seval.

DIANA, á la marquesa.

Querréis volver á verme en el campo?

LA MARQUESA.

in duda! y hasta he de ir á buscaros si no venis.

LEONCIA, volviendo junto á Diana.

Venid á poneros vuestro sombrero.

DIANA, á la marquesa.

Señora!... (Sale por la izquierda con Leoncia.)

LA MARQUESA.

Voy á despediros un poco... (A Dunieres.) Ah! Dunieres, entrevista inútil! Es la primera vez, desde que tengo memoria, que decae la conversacion en mi salon.

DUNIERES.

Vues ra es la culpa, marquesa! Iba yo tambien, si no me hubierais detenido!... Pero las primeras entrevistas siempre son así... Hasta otro dia, Urbano! (Sale para la izquierda con la marquesa.)

URBANO, á Carolina que va á seguir á la marquesa.

Señorita de Saint-Geneix, ¿podéis concederme un instante?

CAROLINA.

Estóy á vuestros órdenes, señor marques.

## ESCENA XI

URBANO, CAROLINA.

URBANO.

Señorita de Saint-Geneix, tengo que pedir os un gran favor. Podéis hacerme un inmenso servicio, preparando á mi madre á recibir una

mala noticia que debo decirle ántes que las cosas vayan mas adelante. Las circunstancias me obligan á ello... ¡ Quieren arreglarme un casamiento imposible !

CAROLINA.

Comprendo, señor marques... Vuestro hermano no ha ocultado su gratitud tan cuidadosamente que no haya podido adivinar vuestro sacrificio. Con él habéis adquirido un nuevo derecho al aprecio de todos : si la señorita de Saintrailles tiene corazon, y estoy segura de que le tiene, vuestro fraternal desprendimiento será á sus ojos un verdadero titulo de...

URBANO.

La señorita de Saintrailles es una niña!

CAROLINA.

Los niños tienen el instinto del bien. Fiaos en los diez y siete años de la señorita Diana.

URBANO.

No conozco á la señorita Diana, y me es odioso que la señora de Arglade se ocupe en arreglar mi boda!

CAROLINA.

Permitidme ignorar ese pormenor y deciros que todavía no veo la necesidad de afligir á vuestra madre, dándole dos pesadumbres á la vez; la noticia de vuestra ruina y la de vuestro alejamiento del matrimonio.

URBANO.

Mi alejamiento... verdad es que durante mucho tiempos ha existido. Pero siempre se lo he ocultado á mi madre.

CAROLINA.

Y habéis hecho bien; sin duda conocíais que no tenéis derecho de desvanecer las esperanzas de vuestra familia.

URBANO, animándose.

Y ¿quién os dice que haya resuelto permanecer soltero? Si rehuso unirme á una persona á quien no conozco, á una persona que nunca podrá amarme ¿seré por eso indigno de formar lazos mas juzguéis como los demas,

ni creais que soy un estravagante! Sé que la gravedad y la sencillez de mis gustos son un demérito á los ojos del mundo, y por eso no tendré jamas la vana pretension ni el inútil deseo de agradar á una muger de alto rango. ¡ He sido siempre tan desgraciado, señorita de Saint-Geneix! Mia es la culpa, lo conozco, y de nadie me quejo... pero el aislamiento en que vivo me hace sufrir, y sin embargo, no puedo salir de él por el solo esfuerzo de mi voluntad. Necesito encontrar un alma grande y generosa que me comprenda y que me perdone mi manera de ser; un alma que, inspirándome ardiente simpatía, sienta por mí una de esas poderosas afecciones cuya ternura basta á regenerar una existencia. ¿Y es eso lo que me ofrecen?... Mi madre tiene las ambiciones del medio en que vive, sus ideas... y no sé si diga sus preocupaciones. Por ella y por mi hermano me ha sido cosa fácil desprenderme de cuanto poseia; pero esto (golpeándose el pecho), el amor de un hombre honrado, su confianza, su fe, el soplo que le hace vivir, este divino sentimiento que me pertenece á mi solo y del cual debo dar cuenta á Dios... no! nadie tiene derecho de pedirmele, y no me le arrancaran sino con la vida!

CAROLINA.

Señor marques... casi me obligáis á daros un consejo...

URBANO.

Si, si, dádmele, yo os le exijo... os hago árbitro de mi destino.

CAROLINA.

Pues bien, el consejo que voy á daros me le inspira mi propia esperiencia. Escuchád : yo vi morir á mi padre de pesadumbre, á causa de haber perdido la fortuna que me destinaba... Ya veis que hay alguna analogía con la situacion en que se encontraria mañana la marquesa de Villemer si supiese que vuestra ruina era irreparable. Mi padre nos ocultó la causa de su desesperacion hasta el último momento... Yo nada podia hacer por él; pero si hubiera podido entonces darle la vida sacrificando mi porvenir, mis instintos, mis ideas, mis afecciones... os juro que no habria vacilado! Reparád en ello! No deis lugar á que vuestra madre muera de sentimiento. Cualquiera que sea vuestra determinacion, señor marques, nunca olvidéis que, así que la muerte nos arrebatara á nues-

tros queridos padres, todo lo que hubieramos debido hacer á fin de proporcionarles larga y venturosa vida se presenta á nuestros ojos con fatal y cruel evidencia! Las faltas mas leves toman entonces la apariencia de verdaderos crímenes, y creo que no debe disfrutar un momento de reposo aquel que tenga en su conciencia el remordimiento de haber abreviado á una madre el camino del sepulcro.

URBANO.

Tenéis razon, señorita de Saint-Geneix!... tenéis la terrible razon de una persona que nunca ha amado y que no amará jamas! (Se deja caer en una butaca.)

CAROLINA, aproximándose á él.

Amo, ante todo, á vuestra madre, señor marques. Me encargáis que la dé un golpe mortal... Y lo confieso, me falta valor, á ménos que no me encarguéis tambien de dejarle alguna esperanza... Reflexionádlo bien. (Saluda y sale por la derecha).

## ESCENA XII

URBANO, EL DUQUE.

EL DUQUE, entrando por el fondo.

Y bien ¿qué diablos haces ahí, en qué piensas? He estado acechando desde tu ventana la salida de Dunieres, con la esperanza de verte en el peristilo dando la mano á tu linda novia, y... nada! ¿Así conduces un asunto de tal importancia y que marcha tan bien?

URBANO.

Te parece que marcha bien!

EL DUQUE.

Ya lo creo! Una chica... modelo que te quiere arruinado!

URBANO.

¡La señorita de Saintrailles es demasiado buena! Pero cuando se le pase el capricho...

EL DUQUE.

El capricho se cambiará en amor y llegará á ser una virtud.

URBANO, con amargura.

De modo que lo mejor que debo hacer es prepararme al gran acontecimiento! Pues escucha.

EL DUQUE.

Soy todo oidos!

URBANO.

Te dije no hace mucho que tendria que pedirte un favor.

EL DUQUE.

Y por fin llegó la hora?... Pidemele pronto.

URBANO.

De las desgraciadas relaciones de que te hablé me queda... un hijo!

EL DUQUE.

Me lo sospechaba... Esos viajes misteriosos... Y le quieres?..

URBANO.

Oh! con toda mi alma! Sin él...

EL DUQUE.

Y le has reconocido?

URBANO.

Imposible! El marido estuvo mucho tiempo ausente, sospechaban de la madre, quien, celosa de su reputacion hasta el extremo de morir...

EL DUQUE.

Cómo?

URBANO.

Sí, quiso ocultar el nacimiento de su hijo, se levantó ántes de tiempo... Ah! ¡bien te decia que murió por mi causa!

EL DUQUE.

Vamos, cálmate!... Y tu hijo... le salvaste... le has criado?

URBANO.

Sí.

EL DUQUE.

¡Otro mas á quien mi mala cabeza deja en cruz y en cuadro!

URBANO, con viveza.

Oh! eso, en mi concepto, será para él un beneficio!

EL DUQUE.

Pero no es una razon para que no tenga padre! Sin embargo, hay un medio de arreglarlo... No digas mas..... te he comprendido!

URBANO.

Cuál?

EL DUQUE.

Supongo que el marido no me conoce?

URBANO.

No.

EL DUQUE.

Y por consiguiente no sospechará de mí.

URBANO.

Y bien?

EL DUQUE.

Pues la cosa es muy sencilla : adopto á tu hijo. Nadie estrañará que de mi vida pasada me haya quedado un chico ; al contrario, estrañarán que no me haya quedado mas que uno. Le recojo, le doy educacion, tú serás su tío á los ojos del mundo, y ya que el pobre no tenga madre, en cambio tendrá dos padres : está dicho! Precisamente siempre tuve deseo de un chico, y es probable que uno endosado por tí valga mas que si fuera de mi pertenencia.

URBANO.

Tú deliras, mi buen Cayetano, tu nombre no te pertenece!

EL DUQUE.

Cómo que no? Hasta hoy, mi nombre no me ha servido sino para hacer disparates; hora es de que me sirva para algo bueno. Mira, Urbano, yo he gastado mi vida inútilmente; déjame utilizar lo que de ella me queda. Ese niño es un obstáculo á tu matrimonio? Yo suprimo el obstáculo. Mamá empezará por regañarme, sele enseña el chiquillo, le parece monísimo, porque debe serlo; me perdona, te casas, tienes hijos legítimos, y aquí paz y despues gloria.

URBANO.

Gracias, amigo mio!

EL DUQUE.

Aceptas?

URBANO.

No! rehuso! Quiero que mi hijo sea libre, y un nombre, un título es una esclavitud! Hoy, criado en las montañas por sencillos aldeanos, empieza á adquirir la fuerza fisica... Mas tarde le daré la fuerza moral! ¿Y podría tenerla, podría practicarla, aunque la tuviese, viviendo en el mundo absurdo en que nosotros vivimos? No! Aquí es uno esclavo de las exigencias que gravitan sobre nuestro pecho como una montaña de plomo. ¡Los deberes, las conveniencias! Con esas palabras se torturan los sentimientos, se pervierten las ideas! ¡No quiero que liguen á mi hijo esos lazos pueriles é irritantes! Quiero que el trabajo sea en sus robustas manos una palanca y no un grillete de presidiario; quiero que sea el obrero de su porvenir, el dueño absoluto de su destino; quiero que el dia en que sienta latir su corazon á impulso de un noble sentimiento pueda casarse con una aldeana, con una pobre sirviente, si asi le place, sin que nadie venga á decirle: « ¡Cuidado con eso! La sangre de los Villemer circula por tus venas y te obliga, no á confundir dos almas en una, sino á enlazar dos blasones! » Quiero, por último, evitarle el tormento de ver á la muger amada, cifrando su virtud y su gloria en rechazarle!... Déjame acabar! Debo casarme con una rica heredera, no es cierto? bien!... pero quizás muera ántes. Pensemos en mi hijo. Aquí hallarás mis disposiciones respecto al presente y al porvenir; tambien hallarás la indicacion del nombre que lleva, del sitio en que vive, y el título que te servirá para reclamarle si... Guarda esos papeles... ya estoy mas tranquilo.

EL DUQUE.

No, estás muy agitado; pero confia en mí. Guardando los papeles.) Tu recomendacion es sagrada!

URBANO.

Gracias!

EL DUQUE.

Ven al cuarto de mamá; apuesto á que la pobre se halla tambien apesadumbrada! (Hace ademán de salir.)

URBANO.

Vamos.

EL DUQUE, volviendo.

Ah! pero, dime, por ventura alguna otra afeccion?...

URBANO.

Quién, yo?... No se trata de eso, Cayetano! sino de prepararse al yugo, á la limosna de ese matrimonio, ó de salir al encuentro de la libertad eterna!

EL DUQUE.

Conque esperas morir? Y por qué, vamos á ver?

URBANO.

¡Ay, amigo mio! conozco, siento que en mí, una vez muerta la pasion, acaba tambien la vida!...

EL DUQUE.

Bah, bah! la pasion! chico, la pasion es una especie de fenix que no muere nunca! Mira, yo soy el mayor, tengo esperiencia, y creeme á mí: ese mismo desfallecimiento que esperimentas es el mejor sintoma de que te hallas en visperas de renacer... Apuesto á que no tardas en decir conmigo, parodiando el grito de los antiguos heraldos: ¡El amor ha muerto, viva el amor!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO

Quinta de Seval. — Gran habitacion, estilo Luis XV. — Puerta en el fondo precedida de una antecámara que se abre sobre un jardin. — Puertas á derecha izquierda, segundo término, la primera comunicando con la habitacion de a marquesa, la segunda con una galería. — Grandes ventanas laterales á derecha é izquierda (primer plano). — Biblioteca en los tableros ó espacios comprendidos entre puerta y puerta. — Un sofá á la derecha. — Un escritorio á la izquierda. — Butacas, sillas. — Un juego de ajedrez sobre una consola á la izquierda. — Otra consola á la derecha, frente á la primera, sobre la cual habrá una bandeja con vasos, carrafa y frasco de esencias.

## ESCENA PRIMERA

CAROLINA, EL DUQUE.

Carolina aparece examinando los libros colocados en la estantería de la biblioteca, toma apuntes en un libro de memoria y luego los traslada á un registro que se halla abierto sobre el escritorio. El duque entra por el fondo, con un periódico en la mano y un cigarro en la boca, y va á recostarse en el sofá.

EL DUQUE.

Uf! qué calor! (Viendo á Carolina.) Ah! dispensádmme, señorita, no os habia visto! Venia aqui á fumar á mis anchas y...

CAROLINA, que acaba de sentarse al escritorio.

Fumád cuanto queráis, señor duque.

EL DUQUE.

No, mi cigarro es detestable. (Le tira por la ventana y va á apoyarse en el respaldo de la silla de Carolina.) Os incomodo tal vez?

CAROLINA, levantándose y yendo hácia la derecha.

De ningun modo, señor duque.